

Introducción: una visión monástica

A menudo se ha dicho que cada comunidad necesita una visión común de la vida monástica para poder vivir y crecer en unidad. Algunas comunidades consideran importante articular tal visión, otras quizás no. Aun así, consciente o inconscientemente, cada comunidad tiene, de hecho, una visión de lo que significa la vida en el monasterio. Incluso podría ser un tácito acuerdo por parte de todos acerca de lo que desean en su búsqueda o no-búsqueda de su ideal monástico. Obviamente, en esa situación cada uno o cada una lleva su propia vida en el contexto de una comunidad y un estilo común de vida que es percibido como restrictivo más que como dador de vida. No obstante nosotros somos cenobitas benedictino-cistercienses, y la vida común está en la base de nuestra vocación.

Una visión monástica común no es un entendimiento intelectual o un programa racional. La visión tiene que ver más con el corazón que con el cerebro, o quizás podríamos decir que es el fruto de una nueva unidad entre la cabeza y el corazón realizada por la fe, la conversión y la transforma-

La comunidad
monástica
*Ecclesiola in
Ecclesia*²

CuadMon 150
(2004) 319 - 336

¹ Martha E. Driscoll es la abadesa de Pertapaan Bunda Pemersatu, Godono, Indonesia. Nació en Staten Island, Nueva Cork, entró en Vitorchiano, Italia, en 1975 y fue a Indonesia como la superiora fundadora de Gedono en 1987. El año pasado adquirió la ciudadanía indonesia. Sirvió a la Orden en varias oportunidades, particularmente como miembro de la Comisión Coordinadora del Capítulo General. Este artículo refleja su trabajo en el área de la formación.

² Traducción de *Cistercian Studies Quarterly*, vol. 38:2, 2003, realizada por la Hna. María Eugenia Suárez, OSB (Monasterio Nuestra Señora de la Esperanza, Rafaela, Pcia. de Santa Fe, Argentina).

ción en el Espíritu. Es una visión viva en constante evolución, que integra constantemente nuevas experiencias y nuevo conocimiento. Las bases de nuestra visión monástica cisterciense ya están expresadas en la Regla, en muchos hermosos escritos de nuestros Padres, en sus comentaristas y más recientemente en la forma sucinta de nuestras Constituciones. Sin embargo, si esa visión está sólo en el papel, no llega a ser una realidad viva. Cada comunidad necesita trabajar para construir juntos su visión, lo cual requiere:

- *Esfuerzos constantes por parte del superior* para proporcionar una enseñanza monástica basada en los documentos esenciales de nuestra vocación³. Esta enseñanza tendría que complementarse con charlas de oradores que no pertenezcan a la comunidad, cuyo aporte pueda entonces ser discutido.
- *Reflexión y diálogo* en los cuales esa enseñanza sea considerada e integrada en decisiones concretas acerca de cómo vivimos nuestra vida aquí y ahora de acuerdo con la tradición que nos ha sido transmitida.
- *Apertura* a lo que Dios nos está diciendo a través de los signos de los tiempos en la Iglesia, el mundo y la misma comunidad monástica.

Este trabajo hacia una visión común presupone que nosotros sentimos que es posible poner en práctica el ideal de la Iglesia de Jerusalén, que san Bernardo y otros Padres cistercienses consideran como el ideal de la vida monástica: *La multitud de los creyentes tenía un solo corazón y una sola alma. Nadie consideraba sus bienes como propios, sino que todo era común entre ellos (Hch 4,32)*⁴. El mismo ideal es recomendado por san Pablo: *Les ruego que hagan perfecta mi alegría, permaneciendo bien unidos. Tengan un mismo amor, un mismo corazón, un mismo pensamiento. (Flp 2,2)*.

¿Es posible tener un solo corazón, un mismo pensamiento y una visión sin sofocar la individualidad y suprimir la libertad de pensamiento? A veces se han levantado objeciones –y quizás razonables– sosteniendo que el enfatizar de este modo la visión común obliga a las personas a seguir la fila, alienta el conformismo infantil e inhibe tanto el pensamiento creativo como el desarrollo personal. Al mismo tiempo, sin

³ El Evangelio, las Escrituras, la Regla, los padres y madres monásticos, las Constituciones, los Capítulos Generales, la enseñanza del Magisterio, tanto del presente como del pasado.

⁴ La traducción de las citas bíblicas está tomada de *El Libro del Pueblo de Dios, la Biblia*, de Levoratti y Trusso (N.T.).

embargo, el riesgo de una conformidad irreflexiva es quizás aún mayor cuando una comunidad no reflexiona junta, se interroga junta, confronta ideas e interpretaciones unos con otros. Donde falta tal confrontación, la tendencia es adherirse a opiniones no examinadas que no son el fruto de nuestra propia reflexión sino algo que hemos oído decir y que, casi inconscientemente, hemos aceptado como verdad.

La iglesia monástica en el corazón de la Iglesia

En el pasado, la vida monástica era percibida a menudo como un solitario viaje individualista hacia Dios a través de un austero ascetismo, en el que la comunidad simplemente proveía los necesarios medios espirituales y el ámbito material. Era vista, a menudo, como un camino solitario hacia la santidad personal y la perfección exterior pero que a veces iban de la mano con el orgullo, la envidia, la competencia, con enemistades de por vida, amargos rencores y conductas infantiles. Era posible vivir todos los elementos de la vocación cisterciense como un proyecto inconsciente de propia santificación o propia realización. La vida religiosa vivida en este espíritu corría el riesgo de convertirse en un ejercicio de auto-adoración. La caridad fraterna era una observancia. Esta manera de considerarla sugería que uno podía vivir su propia vida espiritual verticalmente, sin relaciones humanas. Pero si nuestra vida en el Espíritu es encarnada, tenemos que aprender a ser verdaderamente humanos. El amor fraterno no es solamente una observancia más: es la meta escatológica de toda vida cristiana.

El Concilio Vaticano II y todo el proceso de renovación que puso en movimiento, estaba centrado en el redescubrimiento del misterio de la Iglesia, el sacramento de salvación. El Concilio nos invitó a ver la comunidad monástica como una Iglesia local, una forma específica de vivir ese misterio. De este modo descubrimos nuestra vocación eclesial a *ser la Iglesia*, a vivir como Cuerpo de Cristo, como un pueblo sacerdotal, como los primeros cristianos en Jerusalén. Estamos llamados a ser un testimonio concreto de la Unidad del Cuerpo. Nuestra conversión consiste en vivir cada vez más concretamente como miembros unos de otros en ese Cuerpo. Nuestras *Constituciones* reflejan claramente esta comprensión renovada:

El monasterio es una expresión del misterio de la Iglesia, donde nada se prefiere a la alabanza de la gloria del Padre. Todos los esfuerzos se dirigen a asegurar que la vida común en su totalidad

sea enteramente conforme al Evangelio, que es la ley suprema. De esta manera, la comunidad no debe carecer de ningún don espiritual. Las monjas y monjes esfuércense por permanecer en armonía con todo el pueblo de Dios y participar de su activo deseo de la unidad de todos los cristianos. Por fidelidad a su modo de vida monástica, que tiene su propio modo escondido de fecundidad apostólica, ellos cumplen un servicio para el pueblo de Dios y toda la raza humana (Cts. 3,4).

Jesús entregó la Iglesia a todos los creyentes como su don de despedida al mundo. Pero la Iglesia vive en diáspora, reuniéndose para la adoración, las obras de misericordia y la misión. La Iglesia Monástica tiene el privilegio de vivir juntos como Iglesia todo el día y toda la noche como un signo y promesa de la Nueva Jerusalén. Nosotros comemos, dormimos, rezamos, trabajamos y descansamos juntos, al mismo tiempo y en los mismos lugares. Aprendemos a vivir y a movernos como un organismo. Gozamos juntos de la naturaleza y del arte, escuchamos juntos los mismos libros y conferencias, pensamos, discutimos, evaluamos, decidimos y actuamos juntos. Toda nuestra vida puede entretenerse en el seguimiento consciente de Cristo, juntos, hacia la casa del Padre. A esta luz, el monasterio se describe mejor como una pequeña iglesia dentro de la Iglesia, que tiene una especial vocación:

La vocación de [la comunidad monástica como] una *ecclesiola in Ecclesia*... está urgiendo incesantemente a todo el cuerpo de Cristo, que es la Iglesia, a ese crecimiento, hacia ese término final. Estas "iglesias" son grupos de cristianos que se diferencian de los demás por su particular empeño para alcanzar esa plenitud escatológica, hacia la cual debe tender toda la Iglesia para ser una y católica en la plenitud del amor. Ellas son, por esto, comunidades "piloto" que tienen que guiar e ir a la cabeza de toda la comunidad cristiana, de toda la Iglesia, hacia el único fin, en el que ella podrá ser plenamente colmada: su último encuentro con Cristo en la Parusía... El monaquismo, fiel a su vocación, es por tanto una comunidad de vanguardia que debe ir a la cabeza, o tender a ello, de todo el cuerpo de la Iglesia hacia su destino final, tomando resueltamente el único camino que puede conducirla allí⁵.

⁵ Louis BOUYER, del Oratorio, *The Church of God: Body of Christ and Temple of the Spirit*, trad. Charles U. Quinn (Chicago: Franciscan Herald Press, 1969) 457.

¿Qué es la experiencia viva de encontrar verdaderamente la Iglesia? Es una experiencia de ser amado incondicionalmente por un grupo de personas que atrae una fuerza desconocida de su relación mutua en el nombre de Jesucristo. Es una experiencia de llegar a casa, de encontrar el propio lugar en el universo y en la propia piel. Es aquello que hemos buscado siempre sin saberlo. Es la delicia y el dolor de ser aceptado por aquellos que pueden ver a través nuestro y nos conocen mejor de lo que nosotros nos conocemos a nosotros mismos. Es comprender que podemos ser quienes somos porque somos llamados por la misma experiencia a llegar a ser quienes somos. Podemos aceptarnos a nosotros mismos y todas las cosas que nos suceden y todo lo que hemos dado y no dado.

Por eso, una comunidad cristiana es un grupo de personas que buscan amarse unas a otras como Jesús ama: amor-*misericordia* encarnado e incondicional. Pero la verdadera misericordia existe solamente cuando afrontamos el pecado y el mal en nosotros, llamándolo por su nombre y ayudándonos unos a otros a conocer la verdad acerca de nosotros mismos. Es compartiendo este incondicional amor dador-de-vida como la Iglesia anuncia a Jesucristo a sí misma y al mundo.. El anuncio es una experiencia de vida –algo diferente– que provoca interrogantes e invita a la participación. A aquellos que buscan comprender, la Iglesia responde con las palabras del mismo Jesús: *Vengan y vean*.

Así como santa Teresa de Lisieux encontró su vocación –*En el corazón de mi madre la Iglesia, yo seré el amor*⁶– los cistercienses han recibido la gracia de comprender cada vez más que estamos llamados a ser la Iglesia en el corazón de nuestra madre la Iglesia. Por supuesto, la oración es el elemento esencial de nuestra vocación, pero ¿cómo esa oración se va transformando en vida en nosotros como una *comunidad piloto* de vida eclesial?

No mucha gente en el mundo de hoy es atraída a la vida monástica tal como la conocen a partir de la historia, el arte o la literatura. Fuera de Europa, la presencia cultural de siglos de vida monástica es desconocida y sin interés. Aquellos que vienen a nosotros generalmente no conocen mucho acerca de la vida benedictina o cisterciense. A menudo están buscando *vida contemplativa* sin saber lo que esto significa. Buscan una forma de vida en la cual puedan entregarse a sí mismos al Señor, un lugar donde sean comprendidos sus más profundos y a menudo incipientes anhelos. Cuando ellos vienen a nuestros monasterios, ¿encuen-

⁶ Teresa del Niño Jesús, *Manuscritos Autobiográficos*, Manuscrito B, Carta A, a Sr. María del Sagrado Corazón, 8 de setiembre de 1896.

tran que tenemos algo vivificante para ofrecerles? ¿Encuentran a Cristo en una Iglesia viva que cambie sus prejuicios negativos y sus ideas equivocadas sobre la Iglesia como una simple y obsoleta institución represiva? ¿Nos ven a nosotros como un bastión de la Iglesia represiva? ¿Tenemos quizás más actitudes liberales, pero con vestigios de crítica que nos lleva a defender a la Iglesia diferenciándonos del resto de la Iglesia? ¿O somos capaces de comunicar un camino de vida, un camino de salvación, porque hablamos desde el corazón de nuestra propia experiencia?

En el Espíritu del Hijo

La plenitud de la vida cristiana consiste en vivir como hijo del Padre en la relación de Jesús con el Padre, que nos ha sido dada en el Espíritu. Conocemos las cualidades de esta relación especialmente por el Evangelio de Juan donde Jesús describe cómo recibe vida del Padre, momento a momento: *El Hijo no puede hacer nada por sí mismo sino solamente lo que ve hacer al Padre; lo que hace el Padre lo hace igualmente el Hijo (Jn 5,19). Porque el Padre ama al Hijo y le muestra todo lo que hace (Jn 5,20). La palabra que ustedes oyeron no es mía, sino del Padre que me envió (Jn 14,24). No hago nada por mí mismo, sino que digo lo que el Padre me enseñó (Jn 8,28). El que me envió está conmigo y no me ha dejado solo, porque yo hago siempre lo que le agrada (Jn 8,29).*

Vivir en este mismo espíritu como hijos e hijas significa vivir en consciente dependencia del Padre. Significa recibir gratuitamente de su plenitud todo lo que él quiere darnos. Nuestro alimento y nuestro crecimiento está en vivir en esa unidad de corazones y voluntades en la cual todo es recibido y todo es dado. El alimento de Jesús era la voluntad del Padre. Él es la encarnación de la voluntad del Padre. Él fue capaz de darse a nosotros como alimento para que nosotros podamos vivir por el querer del Padre: *Así como el Padre dispone de la vida, del mismo modo ha concedido a su Hijo disponer de ella (Jn 5,26).* Jesús no se atribuye nada. No hace nada en su propio nombre. Esta perfecta humildad hace de él una ventana transparente que revela al Padre. Él recibe con gratitud, alaba al Padre y se vacía a sí mismo en puro amor en su misión de anunciar el Evangelio y dar su vida por la redención de todos los hijos dispersos del Padre.

En un mundo donde la gratuidad es tan extraña, ¿cómo podemos caminar por el camino estrecho de la dependencia y la confianza? ¿Cómo se puede transformar nuestro egoísmo y posesividad en conocimiento del don de Dios y nuestra voluntad propia en abandono agradecido al amor del Padre? Jesús nos ha dado su Espíritu y nos ha dejado la Iglesia como

el sacramento de su presencia que da acceso al Padre.

La vida monástica nos permite participar más plenamente en la vida trinitaria, conformándonos cada vez más a la mente y el corazón de Jesús. Este es el contenido de nuestra continua oración contemplativa. Nosotros elegimos vivir, día tras día, con gratitud y confianza, todo lo que el Padre nos concede vivir, aprendiendo a no tratar de arrebatar nada de su mano. Aprendemos esta dependencia recibiendo la vida monástica con gratitud de aquellos que nos han precedido. Experimentamos qué significa ser hijas e hijos del Padre en Cristo a través de la experiencia de ser hijas e hijos de una comunidad particular. Aprendemos a esperararlo todo del Padre aprendiendo a aceptarlo todo de *estas* madres o *estos* padres. Aprendemos a confiar en su pacientísimo amor de benevolencia al experimentar su misericordia a través *de esta comunidad* de perdón. Aprendemos a obedecerle obedeciendo a aquellos que él nos ha dado para que les obedezcamos en su nombre, buscando conformar nuestra voluntad con la voluntad común de la Iglesia, para ser liberados de nuestro estrecho egoísmo. Aprendemos a ser engendrados por él momento a momento, a través de la experiencia de ser engendrados por la comunidad. Aprendemos la esperanza que se atreve a arriesgarse a través del testimonio de la comunidad que se atreve a permanecer firme, se atreve a corregir, se atreve a encontrar la solución pastoral que puede ayudar a cada persona a encontrar su camino hacia su verdadera filiación en Cristo. Aprendemos a ser madres y padres unos de otros en Cristo, que es el único camino para aprender a amarnos unos a otros como él nos amó. Aprendemos a abandonarnos nosotros mismos incondicionalmente a él entregándonos nosotros mismos, concretamente, en manos de la comunidad.

Transmisión de vida

La vida filial en el Espíritu y en la Iglesia implica algo más que esta generación. Así como una vida humana no es un suceso aislado, separado de la continuidad de la realidad más amplia de su lugar en la historia, así también la verdad, unidad y universalidad de la Iglesia incluye un amplio conocimiento y aceptación de la historia. La integración de la historia de nuestra vida personal en la historia de salvación le da a nuestras vidas un significado y el sentido de pertenencia que anhelamos. La Tradición es la vida de la Iglesia transmitida por una generación a la siguiente, comenzando por los apóstoles hasta la presente generación. La Tradición nos une en el tiempo como un Cuerpo con todas esas genera-

ciones desde la Resurrección, a través de las cuales la vida de Cristo se transmite hasta nosotros. Jesús, al morir, nos dio el don del Espíritu de adopción y confió ese Espíritu a María, la Madre de la Iglesia: *Este es tu hijo... Esta es tu madre (Jn 19, 26-27)*. Nosotros podemos ser hijos del Padre solamente si somos hijos de la Iglesia, hijos engendrados de un modo especial, concreto, por nuestra Iglesia monástica.

La Tradición no es un modo de actuar cultural e históricamente determinado. La Tradición no es conservadurismo ni un estrecho y cerrado rechazo del cambio. La Tradición es una corriente viva de los carismas vivos del Espíritu. La Tradición significa transmisión de vida. ¿De qué otro modo podemos recibir el Espíritu si no es a través de la Iglesia que nos precede? Somos engendrados en la fe no sólo por los sacramentos y las Escrituras sino también por el testimonio vivo de los que nos rodean. Nosotros recibimos el Espíritu a través de la fidelidad de aquellos que han pasado antes que nosotros. Ellos nos engendran en el Espíritu muriendo a sí mismos. Jesús, muriendo, nos dio su Espíritu. De una manera semejante, la maternidad y la paternidad espiritual son, sobre todo, el don del Espíritu a través del don de la propia vida.

La Iglesia a menudo está enferma, paralizada, deformada, engañándose a sí misma, engañando a su Señor, una prostituta. Pero ella es siempre nuestra madre. Si la rechazamos por sus pecados, perdemos también la riqueza de su gracia. Sólo a través de esta Iglesia pecadora podemos entrar en la filiación de Cristo, la gracia de ser hijos e hijas. El escándalo de la Iglesia es el escándalo de nuestra propia debilidad pecadora que quizás todavía no hemos asumido. Solamente cuando nos reconocemos a nosotros mismos como pecadores e infieles podemos aprender a decir: ¿quién soy yo para arrojar piedras a la comunidad de pecadores que ha sido bendecida con la presencia de la misericordia? Para recibir plenamente esa misericordia, yo debo reconocirme simplemente como uno de los pecadores llamado a participar de la vida de Dios. Dios se ha dignado salvarnos por el misterio de la Encarnación. Él vive entre nosotros y en nosotros, en nuestra condición pecadora. El orgullo juvenil a menudo conduce a rechazar a la Iglesia, o a la comunidad o a los mayores, a causa de sus fallas evidentes. El orgullo juvenil quiere comenzar algo nuevo, algo mejor, algo más auténtico.

Sin embargo, nosotros no podemos reinventar la Iglesia ni la vida monástica. Está dada. La recibimos entrando en ella y llegando a ser parte de una tradición viviente. Tenemos que entrar en ella por el sendero de la humildad. Tenemos que entrar en el presente, con todo el peso del pasado, para caminar hacia el futuro. La transmisión de vida de una

generación a la siguiente es un lento proceso que implica sufrimiento, un proceso de cambio gradual, un morir para volver a nacer, una pasión y muerte que hay que sufrir antes de experimentar la realidad de la Resurrección.

Este trabajo de entretrejer las generaciones es siempre la clave para construir comunión y unidad. El eje de los conflictos más graves, tanto en el monasterio como en el mundo, es la división generacional —mucho más que las diferencias culturales. Lo primero que está comprometido es la transmisión del poder: la generación mayor debe ceder su poder y entregarlo a una nueva generación. Los mayores tienen que tener el deseo de transmitir su responsabilidad a los más jóvenes en quienes tienen ilimitada confianza e infinita fe. Los más jóvenes tienen que aceptar este don de fe con humildad y gratitud sin tratar de arrebatarse el poder de las manos de sus mayores. Ellos serán capaces de enfrentar el futuro con seguridad porque tienen el apoyo de sus mayores, quienes han transmitido todo lo que ellos mismos habían recibido y más aún. Este es el proceso de continua conversión a la voluntad común y al bien común, a la expropiación de sí mismo, a la propia oblación por el amor.

La transmisión de vida está en el centro de nuestra vocación monástica. Recibimos el carisma, lo vivimos y lo transmitimos a otros en radical abandono al Padre en Jesús. Si no lo recibimos, no podemos vivirlo. Y podría parecer que transmitirlo es un elemento esencial del vivirlo, esta es la razón por la cual la falta de vocaciones es un tema tan crucial y doloroso. No es simplemente una cuestión de aceptación virtuosa de la voluntad de Dios, buscando convencernos a nosotros mismos de que tenemos que vivir nuestra vida monástica para Dios solo, sin preocupación por el futuro o ansiedad por una nueva generación. Semejante actitud puede ser de una virtud heroica, pero omite un problema más profundo. Nosotros estamos llamados a la maternidad y a la paternidad espiritual. Si no la ejercemos, no estamos viviendo plenamente nuestra vocación. La fidelidad a nuestra vocación incluye la preocupación creativa acerca de cómo entregar esa vocación a la generación siguiente, ya sea en nuestro monasterio o en un monasterio del otro lado del planeta. Sin esta dinámica, podremos ser fieles al pasado pero no al futuro y en consecuencia, no viviríamos los desafíos del presente.

Por eso, aquellos de nosotros que tienen la gracia de vivir la vida cisterciense en Asia, África y América latina necesitan tener una conciencia agradecida de la vida que hemos recibido de las antiguas comunidades de Europa, donde quizás no hay vocaciones. Recibimos vida de la fidelidad de monjes y monjas que no ven el fruto del don de sí mismos ni

tienen seguridad de la continuación de la vida monástica en sus propias comunidades. Esto es causa de una profunda consternación que, con sus tentaciones de ansiedad, pesimismo, negatividad e, incluso, desesperación, representa, ciertamente, una profunda purificación. Si es vivida fielmente, esta muerte a sí mismo no puede dejar de dar fruto para la Iglesia en su conjunto. El misterio pascual, en el corazón de nuestra fe y de nuestra vocación, significa morir sin ver los frutos de nuestros trabajos, como Jesús que murió en el fracaso y la ignominia, rechazado y escarnecido, irrelevante para los fabricantes de opinión de la sociedad.

Vivimos este misterio en el corazón de la Iglesia para asegurar la transmisión de la vida en la Iglesia entera, para asegurar, en nuestro apostolado escondido y misterioso, la transmisión de la responsabilidad y el poder, pacíficamente, de una generación a la siguiente.

Conversión: vivir la Iglesia como comunión

No podemos vivir una relación filial con el Padre por nosotros mismos. Por esta razón Jesús nos dio el sacramento de la Iglesia, esta Iglesia monástica, esta célula de su Cuerpo Místico donde hemos sido llamados para recibir su misericordia y derramar nuestras vidas. La conversión es la opción continua de llegar a ser miembro de este Cuerpo, encontrando nuestra verdadera identidad como un miembro vivo de esta Iglesia en la que recibimos y compartimos la vida de Cristo. Nuestra búsqueda de Dios supone esforzarse por pertenecer plenamente a la comunidad. Aprender a vivir juntos como Iglesia es el contenido de nuestra conversión. La comunión es el camino y el propósito de nuestra conversión. No podemos aprender a amarnos unos a otros como Jesús nos amó en abstracto, solos en nuestros rincones apartados. El amor no consiste simplemente en acciones caritativas y virtuosas sino más bien en encuentros personales, cara a cara, en comunión de corazón a corazón, en discusión mano a mano, en colaboración hombro a hombro.

Construir la amistad, construir el Cuerpo de Cristo, requiere una tremenda ascesis. La ascesis de la amistad aparta la atención de nosotros mismos y de nuestro crecimiento espiritual y la coloca en el objetivo que estamos buscando. Buscar el bien de la comunidad, del Cuerpo, es el aspecto positivo del olvido de sí. San Benito ya nos dio la indicación clave: *Nadie busque lo que considere bueno para sí, sino lo que considere bueno para los demás* (RB 72,7). Los cistercienses lo convirtieron en un slogan –aparta tu corazón y tu voluntad de lo que es *proprium* (“lo tuyo”) para dirigirlos al

bien común (el primer grado del amor de Dios). La finalidad de la ascesis es vigorizarnos para este esfuerzo de manera que todo esté dirigido a la comunión.

Aunque nosotros recibimos esa comunión a través de la Eucaristía, volvemos a la fuente de la vida a lo largo del día y de la noche en la liturgia, y profundizamos nuestro encuentro con la Palabra en la *lectio* y la oración, aprendemos a vivir en comunión como un Cuerpo más especialmente cuando trabajamos. La fe nos ayuda a aceptar nuestra función particular en la comunidad como el lugar de nuestro diario encuentro personal con Cristo en este taller de nuestra conversión. Las cinco o seis horas asignadas al trabajo cada día son el lugar y la actividad donde mejor nos expresamos a nosotros mismos, crecemos y nos fortalecemos en nuestras relaciones, y experimentamos las dificultades para aprender a amar y ser amados. El trabajo es el pan y el vino del ofrecimiento de nosotros mismos.

Necesitamos trabajar, usar nuestros músculos y nuestras energías, conocer la fatiga común de todos aquellos que trabajan duro para ganarse la vida, encauzar nuestras emociones hacia una acción constructiva, coordinar la mente y el cuerpo, integrar fe y vida, aprender a hacer evaluaciones prácticas y a tomar decisiones, aprender a organizar, a hacer frente a los problemas y a buscar soluciones, a llevar el peso del riesgo y la responsabilidad, a despertar ideas e intuiciones creativas y conducir las a la fruición, a experimentar nuestra habilidad para cultivar nuevas destrezas, a aceptar nuestras limitaciones físicas e intelectuales. Nos experimentamos a nosotros mismos como criaturas llamadas incesantemente a trascendernos a nosotros mismos. El trabajo nos saca de nosotros mismos, de nuestros pensamientos, nuestras fantasías, porque exige toda nuestra atención y presencia. Nos damos a nosotros mismos como somos, y de este modo logramos conocer a los otros y a nosotros mismos y comprendemos la distancia entre nuestro ideal evangélico y nuestra realidad de cada día.

En el trabajo experimentamos nuestro orgullo, nuestra necesidad de realizarnos, nuestra ambición, nuestra rivalidad, nuestra impaciencia, nuestros celos, nuestra dificultad de aceptar la corrección, nuestra tendencia a juzgar a la gente por su habilidad y eficiencia. Aún en los años de formación inicial, es en el trabajo donde está el conflicto. Algunos novicios solamente quieren causar buena impresión y entonces hacen todo lo que se les ha dicho y se esfuerzan nerviosamente por evitar cometer el más pequeño error. El miedo a cometer un error es la fuerza impulsora de muchos novicios, hasta que, finalmente, hacen cualquier tipo de disparate. Todo su miedo se hace entonces manifiesto, porque a menudo lo

magnifican cien veces y esperan que caiga el hacha. Para algunos, la gran dificultad del comienzo es la obediencia. Están tan acostumbrados a tener el control de sus propias vidas y tan habituados a ser el único que le dice a los demás lo que tienen que hacer, que seguir simplemente las instrucciones de otro acerca de algo les resulta insoportable. La máscara comienza a caer a medida que aparecen las contradicciones y conflictos. El trabajo se convierte en una escuela, un taller donde otros logran conocernos y nos ayudan a conocernos a nosotros mismos. La imagen de un taller es una buena imagen: un lugar donde se hacen y se reparan las cosas, un lugar donde cada uno está aprendiendo y sin embargo, también cometiendo errores, un lugar donde continuamente necesitamos comenzar de nuevo después de cada experiencia fallida.

El trabajo y la obediencia que requiere son un llamado a trascendernos a nosotros mismos. Ellos nos permiten hacer lo que está más allá de nosotros. Aún una pequeña responsabilidad ayuda a la gente a aprender que tener un cargo es difícil, causa tensiones e inquietudes. Bregar con una responsabilidad ayuda a comprender que la obediencia es difícil para ambas partes, tanto para los que deciden como para los que obedecen. La obediencia monástica sólo se practica fructuosamente en el diálogo, no regateando. Ella requiere verdadero diálogo para buscar la comunión en el querer de Dios.

El diálogo es en sí mismo otro importante instrumento de conversión. El Capítulo General especial de renovación en 1969 y 1971 invitó a la Orden a comenzar los diálogos como instrumentos de renovación. Ellos estaban dirigidos a profundizar nuestra conciencia de los elementos fundamentales de nuestro carisma, permitiéndonos elegirlos más responsablemente y vivirlos más plenamente. Experimentamos los diálogos como momentos sacramentales de encuentro en los cuales Jesús está verdaderamente presente entre nosotros. Nos reunimos como su Iglesia en su nombre, buscando su pensamiento y su voluntad para nosotros. Los diálogos son discusiones existenciales más que intelectuales. En ellos aprendemos a comunicar y a escuchar, pero más aún buscamos construir una visión común y la unidad, pasando, a menudo, por la reconciliación. Aprendemos a discernir acerca de cualquier situación o dificultad que enfrentamos, basados en nuestra visión común. Nos interrogamos a nosotros mismos cómo estamos viviendo nuestra vocación, cómo la estamos transmitiendo, qué necesita que le prestemos atención, qué necesitamos trabajar en nuestro camino de continua conversión. Buscamos ponerle nombre a lo que experimentamos. Buscamos el bien de la comunidad y nos ayudamos unos a otros a ser fieles a lo que queremos vivir. El diálogo-

go es un medio de profundizar nuestra fe, admitir nuestra pobreza y errores, continuar nuestra conversión y aprender a vivir nuestra vida cenobítica concretamente en una actitud de apertura al Espíritu. Él facilita también nuestra búsqueda para responsabilizarnos de nuestra propia conversión en lugar de descargar nuestras quejas en los demás o en la comunidad. El diálogo es el encuentro eclesial donde yo recibo amor, compasión, perdón y corrección de parte de la comunidad. Yo recibo mi verdadero rostro, el rostro que los otros ven pero yo no.

Conversión: morir a sí mismo

El paso del egoísmo a la comunión, del *proprium* al *commune*, incluye una inevitable muerte a sí mismo, o más bien, un continuo ir muriendo a sí mismo para poder vivir como hermanas o hermanos en el Espíritu y construir la comunión en el amor. Este es un largo y penoso proceso, pero es el camino de liberación –de salvación– de nuestro orgullo y autonomía. Significa obediencia a la voluntad común y don de sí para el bien común. Significa obediencia a los superiores, a los responsables de departamento, a todos y a cualquiera que haya recibido una responsabilidad, a las estructuras de la vida común, de la *conversatio*, discernimientos y decisiones realizados por la comunidad. Tal obediencia está en el corazón del misterio de la Encarnación: obediencia al Padre a través de otras personas, limitadas, pecadoras como nosotros mismos, con una motivación que sólo la fe puede dar. La obediencia es el único camino para adherirnos a Cristo, para ser transformados en un único, personal, eterno miembro de algo más grande de lo que somos –su Cuerpo, la Iglesia, la humanidad redimida, el reino. De este modo nosotros encontramos y llenamos nuestro verdadero lugar en la creación y en la historia de la salvación, en la hermandad universal.

No hay manera de esquivar la obediencia. Tenemos que inclinar nuestra cabeza ante Dios en la realidad humana de su Iglesia. Errores y abusos en la manera de vivir la obediencia en el pasado no justifican el eliminarla (cambiándola) por modos de vida independientes. Se nos desafía, en cambio, a vivir la obediencia madura y responsablemente. Necesitamos luchar muy conscientemente con nuestra voluntad e inclinaciones, con nuestras ideas y juicios para integrar verdaderamente lo que otros dicen y eligen, para aceptar lo que el superior o la comunidad deciden como si fuera mi propia decisión, mi propio discernimiento de la voluntad del Padre. El sacrificio de nuestros deseos y nuestros juicios es

siempre un sacrificio sangriento. Parece que estamos traicionando nuestro propio yo, nuestra identidad, nuestra conciencia, nuestra libertad, nuestra dignidad, nuestras vidas. Jesús conoció algo de todo esto en Getsemaní. La obediencia no es infantilismo sino más bien el uso maduro de la libertad humana en unión con la libertad de Cristo. Esta es precisamente la liberación que buscamos.

Viviendo plenamente nuestra conversión de ser individuos egoístas a nuestra real identidad como miembros de Cristo en nuestra Iglesia monástica local, nos convertimos en fermento oculto de la misma experiencia en la Iglesia universal. Aprendiendo a amar a estas personas, a esta comunidad, en la misericordia que hemos recibido en el fondo de nuestro ser, aprendemos a amar a todos los hombres y mujeres del universo. Dios nos da exactamente las hermanas o los hermanos que necesitamos para enfrentar todos nuestros conflictos y crecer hacia el amor universal.

Nuestra misión en la Iglesia

La transmisión de vida en el Espíritu de Jesús: ésta es nuestra misión, y ya hemos hablado de ella largamente. Sin embargo, hay otro aspecto de esa misión que hoy vemos en una nueva luz. Era común una imagen popular de las personas que viven en la vida claustral (especialmente las monjas) como muertas en vida, ya en la tumba. La separación del mundo era completa, y la espiritualidad monástica tendía a ver al mundo como malo. Nadie salía y nadie entraba. Los medios de comunicación estaban excluidos. Detrás de esta manera de ver estaba una mentalidad que consideraba la vida monástica como una subcultura intemporal, no cambiante, que iba tejiendo su camino a través de la historia sin ser afectada por lo que sucedía fuera de la clausura. Se esperaba que las personas entraran a la vida monástica con todas sus costumbres y su sabiduría perenne, dejando fuera todas las otras preocupaciones. La vida monástica, vista como un elevado llamado en espléndida soledad, proporcionaba poco contacto con la diócesis o con otras formas de vida religiosa, mucho menos con movimientos de espiritualidad laical. Subrayar de este modo la cultura monástica es colocarla muy por encima de las formas comunes de ser cristiano.

Obviamente se han hecho cambios en todas nuestras comunidades, pero a veces, aunque las cosas externas cambien, la mentalidad sigue siendo la misma. “Los jóvenes tienen que adaptarse a nosotros. Ellos tie-

nen que dejar atrás su mundo y entrar en nuestro mundo intemporal.»”. O bien, en algunos casos, la comunidad está tan deseosa de vocaciones que sus miembros vuelven al pasado para adaptarse a los deseos y fantasías del raro aspirante que muestra algún interés. En ambos casos la transmisión de vida no se produce. Los candidatos vienen y se van. Las comunidades experimentan frustración y dolor, un sentimiento de fracaso, y posiblemente profundas dudas y angustias inconfesadas.

Desde el Vaticano II, vivimos en una nueva apertura a los acontecimientos de nuestro tiempo, nuestra nación, la Iglesia y el mundo entero. Vivimos una visión de la vida monástica que está encarnada en el camino de la humanidad, envuelta en sus luchas, interesándose y sufriendo por sus heridos, pobres y oprimidos, en solidaridad con todas sus víctimas y todos los que perpetran la violencia. Nuestra misión no es justamente contemplar la eterna gloria de Dios sino conducir a la humanidad hacia esa gloria. Tenemos una especial función sacerdotal con la tarea de ser mediadores de gracia y misericordia. Queremos permitir que los gritos de la humanidad sufriente encuentren eco en las fibras de nuestro ser y se conviertan en la voz de todos aquellos que suplican misericordia, sin saberlo, a un Dios en quien no creen.

Nuestros monasterios están llamados cada vez más a ser lugares de oración y hospitalidad para aquellos que buscan a Dios. Tenemos que estar prontos para dar razones de nuestra esperanza y nuestra fe. No necesitamos tratar de convertirnos en un centro de asesoramiento psicológico –para lo cual no estamos preparados– sino más bien en un lugar donde el fiel entre más en contacto con la Palabra mediante una introducción a la *lectio* y a la liturgia. Nosotros alentamos a los huéspedes a buscar la guía del Espíritu en el silencio y la soledad de su propio corazón más que en el tipo de retiros guiados a los que están acostumbrados en otros lugares.

Un monasterio es la presencia del misterio de la Iglesia universal en el corazón de la Iglesia local, un lugar donde se profundiza y madura la fe. Es importante dialogar con los huéspedes, sacerdotes, teólogos y oradores invitados para hablar sobre cuestiones y problemas que la Iglesia tiene que enfrentar. Como Cistercienses hoy, necesitamos saber acerca del mundo, de sus problemas, dilemas, guerras y temores, porque tenemos una misión especial para con la gente que nos rodea en nuestros propios países. Necesitamos escuchar atentamente, mirar profundamente, reflexionar seriamente y comprender los conflictos del mundo para llevarlos a la luz de la fe, la esperanza y el amor. No podemos rezar ingenuamente por los que gobiernan mientras ignoramos su política de

opresión y agresión.. Sin meternos en política ni enrolarnos en partidos opositores, queremos llegar a ser constructores de paz inteligentes, rezando por la conversión de todos al bien común. Sobre todo queremos vivir nuestra propia conversión para la conversión de los demás, vivir nuestros propios esfuerzos de no-violencia para la paz del mundo, vivir nuestro propio camino diario de reconciliación y perdón mutuo, para alentar la reconciliación entre aquellos que se miran mutuamente como enemigos. En este sentido, nuestra misión es sufrir con Jesús en la cruz, aceptando la experiencia de sufrimiento que el mundo quiere evitar.

La vida en unión con Cristo crucificado a menudo se expresa en términos de reparación u ofrecimiento como víctima, pero la misma realidad se puede encontrar en nuestros esfuerzos cotidianos para vivir juntos en comunión. Cuando alguien me ofende, me corrige, me olvida, esto me produce un sufrimiento. Pero, a menudo, yo no quiero admitir ese sufrimiento y ver qué es lo que me está lastimando. En cambio, culpo al otro, recuerdo viejos conflictos, siento que el otro quiere humillarme y herirme. Tomo la postura de que el otro está contra mí. Si el proceso no se hace consciente a la luz de la gracia, me convertiré en un enemigo de esa persona. Esta es una visión microcósmica de cómo comienzan todas las guerras. En cambio, si me esfuerzo por admitir la herida y ver qué es lo que me encoleriza, encuentro que la razón de toda mi emoción está en mí. Incluso si trato de permanecer en ese sufrimiento y dejar que la herida penetre mi orgullo y egoísmo en lugar de defenderme con cólera y acusaciones, encuentro que generalmente soy demasiado débil para hacerlo, y la vergüenza es insoportable. Si me vuelvo hacia Cristo, desnudo y clavado en la cruz, lo oigo que me llama a permanecer allí con él y hago la elección consciente de no defenderme del dolor y la vergüenza. Me encuentro a mí misma en el corazón de nuestra vocación. Puedo aceptar que el sufrimiento es el camino de mi propia salvación y ofrecerme con Cristo por la salvación del mundo.

El futuro de la vida monástica

La vida monástica ha tomado muchas formas y ha tenido muchas visiones distintas a través de los siglos –a menudo como reacción a la mentalidad común de la sociedad secular, consciente o inconscientemente. En un mundo de globalización, terrorismo y antiterrorismo, la religión es considerada a menudo como la causa de conflictos y en consecuencia, tendría que ser eliminada o fundirse en una religiosidad universal bien

intencionada. ¿Qué posición tenemos que tomar como comunidades monásticas? ¿Tenemos que convertirnos en centros de oración ecléctica, profesando que la vida monástica es un elemento común a todas las religiones, fusionando tradiciones sin discriminación? ¿Tenemos que guardar silencio respecto a los problemas morales y eclesiales porque la gente no quiere oír lo que pensamos verdaderamente? ¿Tenemos que aguar la fe católica de modo que nadie se sienta ofendido por nuestras denuncias? ¿O tenemos que tratar de vivir en simple fidelidad a la tradición que nos ha dado vida, confiando en que continuará dándonos vida en un mundo multi-religioso, multi-cultural en el cual pluralismo no significa uniformidad ni relativismo? ¿Cómo podemos sostener los movimientos por la paz y la justicia como una comunidad de fe, de oración y penitencia que suplica por la salvación de los ricos y de los poderosos, como también de los pobres y de los oprimidos?

Hasta el año 313, la Iglesia vivió en el mundo romano como una minoría pequeña, despreciada y perseguida. Era perseguida porque se consideraba que era un peligro para la seguridad de la cultura dominante. Un grupo basado en la fe en un Dios trascendente, que es immanente a la historia humana es, por sí mismo, una amenaza para cualquier poder. La Iglesia no tiene que temer llegar a ser otra vez una minoría, ya sea en un imperio materialista industrial o en una sociedad predominantemente mahometana o hindú. El misterio de la Iglesia como sacramento de salvación no depende de que sea grande, numerosa e influyente. Un pequeño resto es suficiente.

En un Imperio romano en desintegración, decadente, los monasterios benedictinos llegaron a ser centros de vida y de cultura que transmitieron la fe cristiana a las nuevas generaciones y plantaron las semillas de una nueva civilización. En el mundo aterrorizado del siglo veintiuno, en el que están siendo atacados los ídolos del materialismo insensato, la abundancia, la falsa seguridad basada en el poder militar, nuestros monasterios están llamados a ser comunidades piloto. Están llamados a ser lugares donde las personas puedan experimentar el amor de Cristo presente en la comunidad, donde puedan experimentar la Iglesia como una realidad viva de esperanza, compasión y certeza en medio de la confusión. Nuestras comunidades están llamadas a ser lugares donde las personas puedan cuestionarse su estilo de vida y redescubrir los valores cristianos. Si vivimos para construir la comunión, podremos ser ciudades colocadas en el monte, que muestran que las personas de las más variadas procedencias pueden vivir juntas en unidad. Aquellos que visitan nuestros monasterios verán en ellos una prueba elocuente de la

existencia de Dios, expresada en la paz y la alegría. Ellos encontrarán una *ecclesiola in Ecclesia* donde las personas descubren la vida de la Iglesia. Y quizás ellas quieran, incluso, permanecer allí.

*Pertapaan Bunda Pemersatu
Gedono
Teromol pos 806
Salatiga 50702
Indonesia
mdriscoll@indo.net.id*